

LEDESMA Y LA GESTACIÓN DE LA CONQUISTA DEL ESTADO

Enrique Selva

Ni el intento de atracción del movimiento universitario, ni la pretensión de capitalizar la vuelta de Unamuno del destierro (con un número monográfico sensacional, donde vuelven a colaborar en *La Gaceta Literaria* firmas de primer orden), ni la voluntad de intervenir en el replanteamiento del hecho catalán, al caer la Dictadura, pudieron galvanizar una revista que —en flagrante contradicción con todo lo anterior— seguía declarando contra viento y marea su inequívoco apoliticismo. El abandono de escritores alineados a la izquierda, o simplemente liberales, es patente ya desde finales de 1929 y a lo largo de todo el año 1930, cuando el signo de los tiempos viene marcado por la revista *Nueva España*, acerba detractora, como vimos, de *La Gaceta*. Poco antes del advenimiento de la República, Giménez Caballero polemiza agriamente con el doctor Marañón, antiguo mecenas de su periódico, a propósito de un intento —no realizado al fin— de homenaje a Picasso. (126) Por último, el único sector afín ideológicamente a *Gecé* se excluye también de *La Gaceta Literaria* para alumbrar la experiencia política de *La Conquista del Estado*. Este hecho nos lleva a retomar la siempre enigmática figura de Ledesma Ramos.

Seis años más joven que *Gecé*, cuando empieza a colaborar en *La Gaceta*, Ramiro Ledesma era un estudiante de Filosofía y Ciencias Exactas. Había nacido en un pequeño pueblo zamorano, Alfaraz, en 1905 y se ganaba la vida en el Madrid primorriverista como modesto funcionario del cuerpo de Correos. Lo introdujo en aquella publicación César M. Arconada, su vecino en el barrio de Cuatro Caminos; Ledesma —al decir de Giménez— portaba una carta de recomendación de Ortega. (127) Por entonces había dejado atrás sus preocupaciones estrictamente literarias, materializadas, antes de cumplir la veintena, en una novela —*El sello de la muerte*—, un largo ensayo inédito —*Don Quijote y nuestro tiempo*— y algunos cuentos. Profundamente influido por Nietzsche, sus primeros escritos exhiben «un tono duro y arisco» (128) y son expresiones vehementes de la rebeldía, social y psicológica, de su autor. Esta fase marcada por una vocación literaria frustrada dejará paso, en razón del fuerte impacto causado por el magisterio de Ortega en sus años universitarios, a la de comentarista filosófico y científico, primero en *La Gaceta Literaria* —donde sus primeras colaboraciones, firmadas con una escueta «R», son una reseña de una obra de Croce y el recuerdo a un joven escritor amigo suicidado, tema que enlaza con sus juveniles escarceos literarios— y posteriormente en la *Revista de Occidente*. (129) En estos campos logrará Ledesma con no poco esfuerzo «un amplio caudal científico, una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación», según Montero Díaz. Además de la presencia constante de filósofos como Hegel, Fichte o Nietzsche, sus preferencias filosóficas oscilarán entre un lejano influjo del neokantismo de Marburgo, la ontología y la ética de Hartmann, el vitalismo de Ortega y la metafísica de Heidegger, sobre quien publica uno de sus primeros comentarios extensos en España. (130) Un buen conocedor de su obra considera a Sorel como el pensador que más influyó en Ledesma en el plano político, mientras Heidegger y Nietzsche lo serían, sobre todo, en el personal. (131)

Los tres años escasos dedicados por Ledesma a las tareas de crítico y recensionista, se quiebran bruscamente al despuntar 1930 con el altercado del banquete a *Gecé* en Pombo. Ya hemos visto cómo rechazaba las imputaciones de reaccionario que se le hicieron con ese motivo, así como que en su actitud estuviese asistido por un grupo de jóvenes, para el cual reclamaba respeto y atención. Esta postura de ampararse en lo colectivo nos induce a pensar que ya entonces, y siguiendo muy de cerca la evolución ideológico-política de Giménez, abrigase el proyecto de lanzar la primera agrupación fascista española; aunque no haya trascendido la identidad de estos jóvenes, con toda probabilidad universitarios de escaso relieve.

Los artículos en *La Gaceta Literaria* dan testimonio, a la altura de 1928, de su interés por fundar una Sociedad de estudios filosóficos, proyecto rechazado más tarde, cuya finalidad estribase en «conseguir la posible eficacia de las nuevas vocaciones españolas.» Y prefigurando el título del ensayo con que se despedirá de su labor filosófica —«La filosofía,

disciplina imperial»— se lamentará de la situación de España, único gran pueblo europeo que aún «no ha proyectado sobre el mundo una dictadura intelectual», (132) dirá con frase rotunda y de sabor orteguiano. Esta preocupación nacionalista e incluso culturalmente imperialista y un radical elitismo son las notas más sobresalientes del Ledesma de estos momentos. Éste es su pronunciamiento inapelable contra la democratización y socialización de la alta cultura: «¡Cuándo aprenderemos que la autenticidad de los saberes reside en círculos estrechos y minúsculos que realizan su tarea a una distancia sideral de las masas! No hay que envenenar a las masas poniéndolas en contacto con las tenues atmósferas de la filosofía. No hay tampoco que pervertir a los filósofos llevándolos a explicar sus obtenciones a las masas.» En la entrevista algo impertinente con Keyserling a que pertenecen estas palabras, revela su intención inmediata de ir a Alemania, a proseguir sus estudios con Hartmann (en Colonia) o con Heidegger (en Freiburg o Berlín), pero como un breve paréntesis: «Y lo antes posible —concluye— el retorno a España. Por varios motivos: tiene también sus límites la filosofía alemana. *En España radica mi destino*. De otra parte, hay aquí algún maestro de filosofía que justificaría más bien el viaje opuesto. De Alemania a Madrid.» (133)

¿Vaciló Ledesma por algún tiempo entre su deseo de intervención política y su vocación universitaria por la filosofía? ¿Estuvo en la base de su final decantamiento político una frustración de sus expectativas intelectuales, que le hubiesen permitido abandonar su oscuro puesto burocrático? Nos limitamos a apuntar esa posibilidad, a falta de confirmaciones más sólidas que las sugeridas por los textos citados. La verdad es que si en junio de 1930, cuando escribe las palabras anteriores, todavía pensaba en la ampliación de sus estudios filosóficos en Alemania, pocos meses después demuestra haber incorporado a su pensamiento una realidad que trasciende el campo de la filosofía donde hasta entonces se ha estado moviendo con tanta soltura. Nos referimos a la necesidad de contar con el hecho ineludible de la incorporación de las masas al protagonismo político. Su ensayo sobre «El concepto católico de la vida» es, a nuestro parecer, el testimonio más directo para datar el punto de inflexión que separa su vertiente de intelectual consagrado a la crítica filosófica y científica de la del político abocado a la formación de un grupo propio. La tesis básica de este escrito es ésta: así como es inviable la existencia de una filosofía católica, es plenamente posible —y aun deseable— la orientación de la humanidad según las pautas vitales del catolicismo. Si esto es así, se debe a que en el mundo, en un proceso acentuado desde la Gran Guerra, ha triunfado una civilización mecanicista y técnica frente a la civilización anterior basada en el primado de la ciencia. La superioridad absoluta de lo científico había tenido por resultado colocar al catolicismo en una posición ancilar. «Sobre todo —escribe Ledesma—, en los siglos XVIII y XIX muy pocos hombres de ciencia, entre los más ilustres, eran católicos, y en países donde todo el mundo era católico, como España, no hubo en rigor científicos.» Esta suplantación del científico por el técnico ocurrida en el siglo XX, supone, ante todo, una diferencia radical:

«El técnico es hoy un hombre representativo que interviene en las tareas centrales del mundo actual, y es sobremanera curioso saber qué jerarquías admite voluntariamente sobre sí. Admite la del Estado, y he aquí una razón entre otras muchas de calibre altísimo para afirmar y ver en el Estado la institución suprema y radical. Admite [...] la religiosa, que no admitía sin duda el hombre científico. En cuanto al tipo corriente, más inferior y general de hombre, si bien no podemos llamarlo técnico, participa también fuertemente de esa actitud del técnico ante la vida.»

Este pasaje revela hasta qué punto Ledesma se debe estilísticamente a su maestro Ortega. Pero en el plano de los contenidos ideológicos es mucho más patente la influencia de Giménez Caballero cuando escribe a continuación:

«El viraje decisivo que han efectuado las masas para su entrada en el mundo actual constituye quizá su primera intervención con signos y caracteres *positivos*. Hasta aquí, la corriente humana de estirpe inferior ha venido consagrándose bien a *negar* —por influjo demagógico— bien a *acatar* pasivamente —por influjo de pastores— las obtenciones valiosas que realizaban las minorías sobresalientes y

aristocráticas. Hoy, no. Hemos entrado en un tipo de vida en el que cabe la acción positiva de la gran masa. Y véase, en la política ello supone no la exaltación de la cadaverina liberal y democrática, que descompone pueblos y destinos, sino la franca colaboración activa, jerárquica, en las empresas de alto porte que el Estado inicie. Ahí están los magníficos ejemplos de Italia y Rusia, los dos únicos pueblos cuyo régimen político es fiel reflejo de esta época. Los dos únicos pueblos que hoy *viven* una auténtica política y un auténtico destino. (Todos los demás, vejez y escombros).»

Ante la vida actual, la Iglesia católica ofrece como valores positivos su «capacidad de convivencia» y la posesión de una «organización preciosa»; pero, además, tiene la ventaja de no representar obstáculo alguno para la realización de las tendencias incorporadas por los nuevos tiempos:

«Hay, pues, en el mundo una cosa que es la Iglesia católica, cuyo concepto de la vida, en el fondo, no se opone a las realizaciones vitales a que ellos tiendan. Y, por el contrario, el deportista, el obrero, el político y el intelectual se oponen a otras cosas que también existen en el mundo, que son el Estado liberal, la indisciplina, la moral burguesa, la economía individualista, etc. E imponen la jerarquía del Estado absoluto, la economía sindical, etcétera. Este es el mundo de hoy, quíerese o no. Y el mundo tiene siempre razón.» (134)

No deja de ser significativo que un intelectual radicalmente laico como Ledesma valore la efectividad del catolicismo cuando le niega el estatuto filosófico. Ledesma ha seguido una trayectoria paralela a la de Giménez Caballero, pero lo que en éste se nos aparece como tortuoso y sembrado de contradicciones, (135) en aquél adopta una determinación clara e inflexible, seguramente achacable también a diferencias temperamentales y de ubicación social. El precedente de Giménez (en absoluto desdeñado por Ledesma como hemos tenido ocasión de ver) le permite quemar etapas intermedias. En un sentido lato, el viraje le lleva desde un deslumbramiento por los aspectos más sobresalientes de la civilización técnica, (136) como aurora de un nuevo mundo por llegar, y un exacerbado aristocratismo cultural de procedencia orteguiana, a la contemplación de la realidad de las masas y la existencia de un Estado —diferente del liberal— que las jerarquice. Esquematisando mucho, diríamos que la relación minoría-masa consagrada por la vanguardia española de los años veinte, al trasvasarse del campo de la estética al de la política, mantiene la idea básica de jerarquía, pero sustituye la separación radical por la integración, incorporando contenidos populares.

Esta evolución ideológica está en la base de su decantamiento político. Por todo lo visto anteriormente, podemos convenir con Ismael Saz «que el brusco cambio producido en la trayectoria política y existencial de Ramiro Ledesma debe bastante más a la guía de Giménez Caballero que a sus anteriores experiencias literarias y filosóficas. Lo que no implica, ni mucho menos, negar la importancia de éstas. Si las primeras demostraban la existencia de un excelente campo de cultivo, otras, como por ejemplo el contacto intelectual con Heidegger, le situaban en un terreno desde el que el "salto" al fascismo era, si no altamente probable, sí al menos perfectamente posible.» (137)

En los últimos meses de 1930 Ledesma trata de organizar en torno a sí el núcleo desde el cual lanzar su propia publicación política. El contacto más importante será el de Juan Aparicio, convertido a partir de entonces en su colaborador más cercano y permanente. En el origen de este acercamiento está la contestación de Aparicio a la encuesta sobre la vanguardia, donde dice: «Yo —devoción del Soviet— admiro y saludo —desde aquí, para siempre— las genialidades, genuinas, genéticas de Giménez Caballero —*hasista*—, al sindicalismo de Alberti, a José Francisco Pastor, Ledesma Ramos —autoritarios, jercas, concentrados. Lo demás... literatura. Vanguardia.» (138)

En diciembre de 1930 Ramiro Ledesma suspende su colaboración en la *Revista de Occidente*, como hará un mes después con *La Gaceta Literaria*. En su penúltimo artículo en ésta, dejará caer la siguiente anotación en un comentario sobre el profesor socialista Fernando de los Ríos: «Junto a la semblanza intelectual de D. Fernando de los Ríos, es inevitable que aparezca su semblanza política, *de la que radicalmente difiero y estoy*

llamado a combatir de un modo implacable y agresivo. Creo oportuno decir esto a continuación de las líneas anteriores, de un elogio sin reservas.» (139)

El cambio de rumbo de Ledesma, correlativo a la adquisición de una cada vez más virulenta actitud antiintelectual, se plasmará finalmente con la fundación de *La Conquista del Estado*, un mes exacto antes de caer la Monarquía, precedida por la difusión de un «Manifiesto político». Para apreciar hasta qué punto el autodenominado «semanario de lucha y de información política» —que toma su título del periódico homónimo de Curzio Malaparte, por sugerencia expresa de Giménez Caballero— (140) surge de «la camaradería incierta y resuelta de *La Gaceta Literaria*», (141) baste con apuntar dos datos. Por una parte, entre el exiguo grupo de fundadores y firmantes del manifiesto, la mitad eran o habían sido colaboradores de *La Gaceta*, verdadero aglutinante de una tendencia ideológica fascista: el propio Ledesma, Iglesia Parga, Aparicio, el dibujante Francisco Mateos y, cómo no, el omnipresente Giménez Caballero.

En segundo lugar, hay una cierta continuidad entre la financiación originaria de *La Gaceta* y la de *La Conquista del Estado*. Nada consiguió Ledesma de su merodeo en torno a Cambó, a quien llegó a visitar en el Hotel Ritz, «juzgándole el ex ministro catalán como un adalid en posesión de una férrea teoría peligrosa», según las enfáticas palabras de Aparicio. Las aportaciones, por el contrario, vinieron del diplomático Sangróniz, quien puso a disposición del zamorano fondos procedentes del Patronato Nacional de Turismo e impuso como controlador a Ricardo de Jaspe, (142) cuya intervención posterior en la aventura fascista se limitó al desempeño de ese papel y a la publicación de una serie de anodinos artículos de política internacional en el semanario. Junto a la ayuda de Sangróniz, se recibieron también cantidades no especificadas de José Félix de Lequerica —a la sazón subsecretario del Ministerio de Economía—, o de amigos suyos madrileños y quizá de otros personajes pertenecientes, como él, a la oligarquía vasca no nacionalista, «posiblemente a través de la gestión llevada a cabo por José M^a de Areilza como intermediario». (143) Lequerica y Sangróniz —recordémoslo— habían colaborado ya en la financiación originaria de *La Gaceta Literaria*, y Areilza, por su parte, se había mostrado receptivo hacia las ideas expuestas por Giménez en su viaje a Bilbao de 1929. Con los años Areilza referiría en testimonio a García Venero la necesidad, en aquella coyuntura, de lograr la compatibilidad de dos «lenguajes aparentemente dispares»: uno dirigido a la burguesía del País Vasco, en su tierra, consistente en presentarle un programa en favor de la unidad española y contra la revolución; y otro, simultáneo, para el conjunto del país, basado en pedirle a esa misma burguesía ayuda financiera para «un movimiento que hablaba a los jóvenes de España un lenguaje enteramente nuevo»; es decir, el del fascismo. (144) No se olvide que por las mismas fechas tenía lugar otro acontecimiento, fruto también de oscuras y calculadas estrategias donde los designios políticos se imbrican con los poderes económicos: la maniobra para controlar el diario *El Sol* cuando éste apostó decididamente contra una Monarquía con los días contados. Significativamente, en esa operación, tanto Sangróniz como Lequerica figuran en la lista de compradores de acciones para desbancar a sus anteriores propietarios y reorientar su línea ideológica.

De esta forma podía iniciar su andadura, hasta cierto punto como hijo tardío de la agonizante *Gaceta Literaria*, el primer semanario estrictamente fascista del panorama español.

Notas:

(126) *Vid.* EGC, «Fama póstuma. Ante el traslado a Madrid de los restos de Pablo Picasso», *GLit*, 100 (1.III.1931), pp. 1-2; y «La iniciativa de Cosmópolis. Picasso en España. Una carta de Marañón y otra de Giménez Caballero», *GLit*, 101-102 (15.III.1931), p. 1.

(127) EGC, *Retratos...*, p. 177.

(128) S. Montero Díaz, «Estudio preliminar» a R. Ledesma Ramos, *La filosofía, disciplina imperial*, Madrid, Tecnos, 1983, p. XIII.

- (129) En *La Gaceta Literaria* publica cuarenta y una colaboraciones entre marzo de 1927 y enero de 1931. En *Revista de Occidente*, ocho escritos entre mayo de 1929 y diciembre de 1930.
- (130) Montero, *op. cit.*, p. XVI. R. Ledesma Ramos, «Notas sobre Heidegger. ¿Qué es metafísica?», *GLit*, 75 (1.II.1930), p. 11; 76 (15.II.1930), p. 13; y 79 (1.IV.1930), p. 14. Recogido en *La filosofía, disciplina...*, pp. 15-34.
- (131) Cfr. J. Cuadrado Costa, *Ramiro Ledesma Ramos. Un romanticismo de acero*. Madrid, Eds. Barbarroja, 1990, pp. 17-28.
- (132) R. Ledesma Ramos, «Actualidad, Filosofía, Ciencia», *GLit*, 49 (1.I.1929), p. 2.
- (133) R. Ledesma Ramos, «Breve diálogo con Keyserling», *GLit*, 84 (15.VI.1930), p. 7. La cursiva es nuestra.
- (134) R. Ledesma Ramos, «El concepto católico de la vida», *GLit*, 90 (15.IX.1930), p. 12; y 92 (15.X.1930), p. 7.
- (135) A Southworth le resulta sorprendente el hecho de que Ledesma captase el fascismo como un todo y le diese respuesta en sólo unos meses; tiempo en que «fundó el movimiento, estableció sus bases principales, [e] inventó sus slogans más eficaces». «Quizás Giménez Caballero —añade el historiador norteamericano— comprendió también la totalidad del problema, pero demasiado ocupado en jugar con el estilo y las palabras, no pudo señalar un claro camino político.» (H. R. Southworth, *Antifalange*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 64 y 67).
- (136) *Vid.* R. Ledesma Ramos, «Cinema y arte nuevo», *GLit*, 43 (1.X.1928), p. 5.
- (137) I. Saz, «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», *Revista de Estudios Políticos*, 50 (marzo-abril 1986), p. 193.
- (138) Respuesta de J. Aparicio, *GLit*, 86 (15.VII.1930), p. 4. Según nos refirió Aparicio, Ledesma recordó este breve texto y lo llamó para contar con su concurso en el lanzamiento de *La Conquista de Estado*. Nacido en Guadix en 1906, Aparicio había entrado en contacto con Giménez hacia 1925, como lector de sus artículos, cuando estudiaba Derecho en la Universidad de Granada y Gecé colaboraba habitualmente en *El Sol* y no había fundado aún *La Gaceta Literaria*. Posteriormente envió algunos artículos (sobre su paisano Alarcón, sobre Maiakowski,...) a esta publicación, y conoció personalmente a Giménez cuando se estableció en Madrid para proseguir sus estudios de Letras, en 1928. (Entrevista con Juan Aparicio, Madrid, 8.III.1986).
- (139) R. Ledesma Ramos, «Filosofa, 1930», *GLit*, 97 (1.I.1931), p. 16. La cursiva es nuestra.
- (140) Según el testimonio de Aparicio en la entrevista citada.
- (141) J. Aparicio, «Prólogo» a *La Conquista del Estado (Antología)*. Madrid, Ediciones FE, 1939, p. IX.
- (142) *Ibid.*, p. XII y entrevista citada.
- (143) M^a. J. Cava Mesa, *Los diplomáticos de Franco. J. E de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*. Bilbao, Universidad de Deusto, 1989, p. 115. Antiguo maurista muy interesado por el fenómeno del fascismo, Lequerica es calificado como un «eficaz hombre de negocios», con intereses en empresas de los sectores de artes gráficas, navegación, seguros, siderurgia, vidriera y banca; pero «no un capitalista devoto de las labores de gestión. Aún más, se diría que instrumentalizó sus poderes de decisión económica para catapultar su vocación más decidida: el mundo de la política activa.» (*Ibid.*, p. 97). Sobre sus posiciones políticas e intelectuales en los años veinte puede verse la antología de artículos —muchos de ellos provenientes de *El Pueblo Vasco*, de Bilbao— titulada *Soldados y políticos*, [Bilbao], Ed. Voluntad, 1928.
- (144) *Apud* M. García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*. París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 33-34.

[Texto extraído del capítulo III. La «vía estética» al fascismo y la crisis de la vanguardia (p. 156 – 163), del libro *Ernesto Giménez Caballero, entre la vanguardia y el fascismo, Pre-textos*, Valencia, 2000, 330 p.]

NUESTRA REVOLUCIÓN web dedicada a Ramiro Ledesma Ramos
www.ramiroledesma.com/nrevolucion/

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 70